

sado sin la herida que le debilitaba. Llegado al tercio del río empezó á llevarlo la corriente y su respiración se hizo más ruidosa. Procuró volver sobre la orilla, su grupa había ya desaparecido, y solo se distinguía sobre la superficie del río el vestido blanco de Catalina. Luego dió una vuelta como arrastrado por un torbellino, sus manos batián el agua y la hacían saltar. En fin, el cuello se hundió lentamente, la cabeza á su vez desapareció poco á poco, una ola la cubrió: volvió á aparecer un instante, y se hundió segunda vez. Después, algunos globulitos de aire vinieron á reventarse en la superficie del agua.

Todo se concluyó; y el río, un instante turbado, al cabo de algunos momentos volvió á tomar su silencioso curso.

— ¡ Pobre Ralff! dijo el señor de Giac con un suspiro.

XXVII.

El desafio.

Al día siguiente en que acació la muerte del duque de Borgoña, los hombres de armas á quienes había encomendado la vispera la defensa del castillo de Monterau entregaron esta fortaleza al delfín, bajo condición de que se habían de respetar sus vidas y bienes. Eran capitanes los caballeros de Sonville y de Montaigne.

En aquel mismo día el delfín celebró un gran consejo, en el cual se escribieron muchas cartas á las ciudades de París, Chalons, Reims y otras: en ellas daba cuenta de su conducta á fin de que no le acusasen de haber roto la paz jurada, ni de haber faltado á su real palabra. Hechas estas cosas, se retiró á Bourges con sus prisioneros, dejando por capitán de la villa de Monterau á messire Pedro de Guytry.

Cuando se supo en París el acontecimiento que acabamos de referir, causó en sus habitantes una triste y profunda sensación. El joven conde de San-Pol, teniente del rey en la ciudad, convocó en el acto al canciller de Francia, al preboste de París, al de los mercaderes, á todos los consejeros y oficiales del rey, y á otra porción de nobles y pecheros: les participó la muerte sangrienta del duque Juan de Borgoña, y los hizo jurar sobre los Evangelios y las reliquias de no hacer tratado alguno con los sediciosos y matadores, y denunciar y acusar ante la justicia á todos los que favoreciesen á los partidarios del delfín.

Felipe de Charolais, único heredero masculino del duque de Borgoña, supo el asesinato de Monterau estando en Gand, y anegado en llanto corrió á echarse en los brazos de su mujer.

— Micaela, le dijo, vuestro hermano el delfín ha hecho asesinar á mi padre.

Triste y turbada se quedó la princesa al oír esta noticia, porque temía que este acontecimiento influyese en el amor que la profesaba su marido.

Cuando se hubo calmado algún tanto la desesperación del conde de Charolais, tomó solemnemente el título de duque de Borgoña, celebró consejo sobre lo que había que hacer con las buenas

gentes de Gand, de Bruges y de Ipres, y tomó posesión del condado de Flandes. Incontinenti se presentó en Malinas, donde conferenció con el duque de Brabante, su primo, Juan de Baviera, su tío, y la condesa de Hainaut, su tía; todos tres fueron de opinión de contratar alianza con el rey Enrique de Inglaterra. En su consecuencia, el obispo de Arras, messire Athis de Brimeux y messire Roland de Hecklekerk, fueron despachados á Rouen, donde fueron recibidos cordialmente por el rey inglés, quien vió en la alianza propuesta por el nuevo duque un medio de entablar con madama Catalina, de la que conservaba una viva y tierna memoria, las negociaciones para un matrimonio, en el que además cifraba cálculos de la más alta política.

El rey de Inglaterra respondió, que sin la menor demora mandaría al duque Felipe embajador encargado de presentarle un tratado. No perdió tiempo en redactar las condiciones; y hacia la festividad de San Andrés el obispo de Rochester y los condes de Warwick y de Kent fueron en nombre del rey Enrique á la villa de Arras, donde el duque los recibió con la mayor magnificencia.

Hé aquí lo que proponía el rey de Inglaterra y los artículos para cuya ratificación el duque de

Borgoña debía emplear su influencia con el rey Carlos y sus consejeros ; en ellos se verá lo mucho que se habían aumentado sus pretensiones desde que la apatía increíble del duque Juan había dejado caer en sus manos las ciudades de Rouen y de Pontoise, estas dos puertas de París, con cuya posesión el rey enemigo llevaba de antemano pendientes de su cintura las llaves de la capital.

1.º « El rey de Inglaterra ofrece casarse con madama Catalina sin imponer ninguna nueva carga al reino. »

2.º « Dejará al rey Carlos la posesión y goce de la corona y rentas del reino durante su vida. »

3.º « Después de la muerte del rey Carlos, la corona de Francia pasará para siempre al rey Enrique y sus herederos. »

4.º « Con motivo de la enfermedad del rey, que le impide tener las riendas del gobierno, el rey de Inglaterra tomará el título y autoridad de regente. »

5.º « Los príncipes, los grandes y las audiencias prestarán juramento al rey de Inglaterra, tomará el título y se obligarán á reconocerle por soberano después de muerto el rey Carlos. »

El duque Felipe se obligó á hacer firmar al rey de Francia este tratado, con condición de que el

rey de Inglaterra se obligase á observar los artículos siguientes :

1.º « Uno de los hermanos del rey Enrique se casará con una de las hermanas del duque. »

2.º « El rey y el duque se amarán y asistirán como hermanos. »

3.º « Perseguirá de consuno el castigo del delfín y de los otros matadores del duque Juan. »

4.º « Si el delfín ó algún otro de los matadores fuese hecho prisionero, no podrá ser rescatado sin el consentimiento del duque. »

5.º « El rey de Inglaterra asignará al duque y á madama Micaela, su mujer, por valor de 20.000 libras de renta, cuyo homenaje será reconocido. »

Se ve que en este doble tratado que disponía de la Francia y que despojaba al rey, no se habían olvidado más que dos cosas, que probablemente fueron miradas como inútiles, y era el consentimiento del rey y la ratificación de la Francia.

Estas son las condiciones con que, bajo pretexto de vengar la muerte del duque Juan, la Francia fué vendida el 21 de Diciembre de 1419 por el duque Felipe de Borgoña al rey de Inglaterra : el padre le había hecho traición, y el hijo la entregó.

Entretanto, y mientras se concedía la monarquía como una pensión vitalicia, el anciano el rey estaba

en Troyes con madama Isabel, á quien requería de amores siempre que le volvía la razón, y la aborrecía cuando le volvía la locura.

La noticia del asesinato del duque Juan y la parte que los enemigos del delfin atribuyeron al joven príncipe de haber tomado en él, produjeron sobre el débil anciano una impresión tal, que volvió á caer en la demencia más completa. Aunque desde aquel momento hasta el de su muerte muchos mandatos importantes eran confirmados por él, y entre otros el tratado conocido bajo el título de tratado de Troyes, es evidente que no volvió á recobrar su razón, y que la responsabilidad de estos actos, más y más perjudiciales á los intereses de la Francia, debe pesar sobre la memoria del duque Felipe y de la reina Isabel; porque desde aquel día la vida del rey Carlos VI fué una agonía y no un reinado.

El 21 de Marzo de 1420 el duque de Borgoña entró en la ciudad de Troyes en medio de las aclamaciones de los ciudadanos y del pueblo, y prestó fe y homenaje al rey como sucesor del duque su padre en la propiedad del ducado de Borgoña, del condado de Flandes, del de Artois y otros señoríos; pero el duque, antes de que la Francia fuese cedida á la Inglaterra, quiso dar su parte (sin duda en

calidad de príncipe de la flor de lis) apoderándose de algunos espléndidos pedazos.

Lille, Douay y Orchies habían sido empeñadas á la casa de Borgoña, y se hizo renunciar al rey Carlos á su derecho de rescate. El dote de madama Micaela no estaba pagado: el duque consintió en recibir en cambio las ciudades de Mondidier y de Perona la inexpugnable, que en medio de todos los asaltos de la guerra civil, conservó su nombre de virgen como algunas montañas de los Alpes, que como no se pueden subir, tomaron el nombre de vírgenes.

De este modo el inglés y el borgoñón para vejar mejor la Francia, empezaban por arrancarle su cinturón de plazas fuertes.

El delfin solo defendía á su madre.

Cuando el duque Felipe hubo escogido entre dichas ciudades las que más le convenían; cuando las hubo escalonado en una línea tan derecha que Mondidier, situada veinticinco leguas solamente de París, parecía penetrar en el corazón de la Francia como la punta de una espada cuyo puño estuviese en Gand, entonces, fiel como un cómplice, se ocupó de las promesas hechas al rey Enrique (es menester confesarlo) y las desempeñó con la mayor exactitud. El rey consintió en el matrimonio de su hija Cata-

lina con Enrique de Lancaster, ratificó la exclusión del delfín su hijo y heredero, y anuló la sabia constitución hecha en otros tiempos por sus predecesores, que prohibía la sucesión para las mujeres; de modo que el 13 de Abril de 1420 el duque Felipe escribió al rey de Inglaterra que todo estaba concluido, y que podía venir.

En efecto, el rey inglés llegó el 20 de Mayo siguiente, acompañado de sus dos hermanos los duques de Gloucester y de Clarence, escoltados de los condes de Hutington, de Warwick y de Kent, y seguido de mil seiscientos hombres de armas. El duque de Borgoña salió á recibirle, y lo acompañó hasta la casa que le habían preparado en la ciudad, como debía hacerlo el futuro vasallo con respecto á su soberano venidero.

Luego que llegó, el rey fué á ver á la reina y á madama Catalina; halló á ésta más graciosa y más amable que nunca, y ni aun él mismo sabría cuál tenía más ansia de poseer, si la contratada esposa ó la Francia.

Al día siguiente los dos reyes firmaron el famoso tratado de Troyes, que era el oprobio y la ruina del reino; y desde este momento cada uno pudo creer que el ángel de la patria se había remontado al cielo. El delfín fué el único que no desesperó

nunca; con la mano en el corazón de la Francia contaba todos sus latidos, y admiraba que podía vivir todavía.

El 2 de Junio se celebró el matrimonio de Enrique de Inglaterra y de Catalina de Francia; era la segunda flor que se desprendía del tallo real de las lises para adornar la corona de la Gran Bretaña. Dos veces el presente fué fatal á los que lo recibieron; dos veces la muerte entró en el lecho de los reyes de Inglaterra con los abrazos de las hijas de Francia: Ricardo no sobrevivió sino tres años á su matrimonio; Enrique debía morir á los diez y ocho meses.

Desde este día hubo dos regentes en Francia, dos herederos de la corona: el delfín era dueño del Mediodía y el rey de Inglaterra poseía el Norte: entonces empezó aquel famoso duelo cuyo precio debía ser un reino.

La ventaja de los primeros golpes fué del rey de Inglaterra; después de un sitio de algunos días, se rindió Villeneuve, fué tomado por asalto y lo mismo Monterau.

En esta plaza el duque de Borgoña debía una expiación á la muerte de su padre, y fué su primer cuidado al entrar en la ciudad.

Algunas mujeres le indicaron el sepulcro del

duque Juan; un paño de iglesia cubrió la piedra sepulcral y se encendieron hachas en las cuatro esquinas; toda una noche los sacerdotes cantaron el oficio de difuntos, y al día siguiente por la mañana levantaron la piedra del sepulcro. Se halló el cuerpo del duque cubierto todavía de su ropilla y la mano izquierda desprendida enteramente; su cabeza, abierta por Tanneguy Duchatel, manifestaba la herida por donde los Ingleses penetraron en la Francia.

El cadáver fué colocado en una caja de plomo llena de sal y expuesto después al público en Borgoña, en un convento de cartujos situado fuera de la ciudad de Dijón: el cuerpo del bastardo Croy, que había sido muerto en el ataque de la ciudad, fué bajado y enterrado en el mismo sitio de donde se acababa de sacar el cadáver del duque.

Cumplidos estos deberes, los Borgoñones y los Ingleses fueron á sitiar á Melun; pero esta ciudad les opusó una fuerte resistencia por estar llena de gente escogida. El señor de Barbasán, que era el principal capitán, tenía bajo sus órdenes á los señores Trean, Pedro de Borbón y un llamado ciudadano, que hizo prodigios durante el sitio. El rey de Inglaterra y el duque, viendo estos preparativos de defensa, estrecharon más la ciudad: el pri-

mero fué con sus dos hermanos y el duque de Baviera á establecer sus acantonamientos por el lado del Gatinais, y el segundo, acompañado del señor de Hutington y de otros muchos capitanes ingleses, plantó sus tiendas por el lado de Brie. Constituyeron sobre el Sena un puente de barcas para establecer las comunicaciones de un ejército á otro; y el duque de Borgoña y el rey, á fin de no ser sorprendidos por los sitiadores, hicieron cerrar cada uno sus recintos con buenos fosos y estacadas, vigilando con gran cuidado las entradas y salidas, que estaban cerradas por fuertes barreras.

Durante este tiempo el rey de Francia y las dos reinas dejaron á Troyes y fueron á establecer su corte en Corbeil. Este sitio duró cuatro meses y medio, sin grandes ventajas de parte de los sitiadores.

Entretanto, el duque de Borgoña se había apoderado de un fuerte arrabal que los sitiados habían fortificado delante de sus fosos, y desde el cual sus cañones y bombardas hacían mucho mal á los sitiadores. Entonces el rey de Inglaterra hizo por su parte abrir una mina; y ya acercaban al muro cuando Juvenal de los Ursinos, hijo del abogado en el Parlamento, creyó oír algún ruido subterráneo: reunió trabajadores y les mandó hiciesen una

contramina. Él mismo á la cabeza de los hombres de armas presidía la obra con una larga hacha en la mano, cuando por casualidad pasó el señor de Barbasán: Juvenal le contó lo sucedido, y le dijo que él quedaba para combatir el subterráneo.

Entonces Barbasán, que le amaba como hijo, examinó su larga hacha y movió la cabeza diciendo:

— ¡ Ah, hermano mío! tú no sabes todavía lo que es batirse en una mina; se necesitan palos más cortos que éste para llegar á las manos.

Y sacando su espada, cortó el mango del hacha á una dimensión conveniente.

Después con la espada en la mano dijo á Juvenal:

— Ponte de rodillas.

Éste obedeció; entonces le dió espadazo

— Y al presente, continuó levantándolo, pórtate como un caballero.

Después de dos horas de trabajo, Ingleses y Franceses solo estaban separados por el grueso de una pared ordinaria. Este espacio desapareció en un instante, y trabajadores y hombres de armas empezaron á batirse tenazmente en aquel estrecho y sombrío paso, donde apenas podían marchar cuatro hombres de frente; entonces Juvenal reconoció la verdad de lo que le había dicho Barbasán: su hacha cortada hacía prodigios: los Ingleses

huyeron, y el nuevo caballero ganó sus espuelas.

Una hora después los Ingleses volvieron con fuerza y establecieron una barrera en medio de la mina para cortar el paso á los del delfín; pero estando ocupados en este trabajo llegó un refuerzo á los de la ciudad y se batieron fuertemente toda la noche.

Este nuevo modo de combatir ofrecía la singularidad de que se podían herir, se podían matar, pero no podían cogerse: cada partido combatía á un lado de la barrera.

Á la mañana siguiente, un heraldo inglés precedido de un clarín, se presentó delante de los muros de la ciudad: llevaba un desafío de parte de un caballero inglés que quería guardar el incognito, y ofrecía á cualquier partidario del delfín un paso honroso, en el que cada uno de los adversarios rompería dos lanzas; después, si ni uno ni otro estaba herido, un combate á pie con hacha ó espada. El caballero inglés escogía por sitio del combate el paso subterráneo, y dejaba al caballero del delfín que lo aceptase, la elección del día.

Cuando el heraldo anunció este desafío, fué á clavar á la puerta de la ciudad que estaba más próxima el guante de su amo, como prenda del combate y señal del desafío.

El señor de Barbasán, que se había presentado en la muralla con una gran multitud de gente del pueblo, arrojó su guante en señal de que tomaba por su cuenta el desafío del caballero desconocido, y después mandó á un escudero que fuese á desprender el que el heraldo había clavado en la puerta. El escudero obedeció.

Muchas gentes juzgaron que no correspondía á un capitán de plaza exponerse de ese modo en un combate singular; pero Barbasán los dejó decir y se preparó para el combate del día siguiente.

Durante la noche se allanó el terreno para que nada estorbase el paso de los caballeros; hicieron una especie de nichos socavados á uno y otro lado de la barrera para colocar las trompetas, y se clavaron en el suelo antorchas para iluminar el combate.

El día siguiente á las ocho de la mañana los adversarios se presentaron á las dos extremidades, llevando ambos un clarín.

El Inglés tocó el primero, el otro respondió; después que concluyeron, los cuatro trompetas que estaban cerca de la barrera tocaron á su vez.

Apenas el último sonido expiró bajo la bóveda, cuando los dos caballeros se pusieron en movimiento con lanza en ristre.

Se vieron venir de lejos como dos sombras marchando la una sobre la otra en un callejón del infierno, solamente el pesado galope de sus caballos, armados, como ellos, probaba, haciendo temblar todo el tránsito con gran ruido, que no eran fantasmas ni los hombres ni los caballos.

Como los dos combatientes no habían podido calcular la distancia tomando el campo que necesitaban, el señor de Barbasán, sea que su caballo fuese más ligero, sea que la distancia fuese menor, llegó el primero, y comprendió desde luego la desventaja de su posición, porque tenía que recibir inmóvil el choque de su adversario, aumentado con todo el impulso de la carrera del caballo, que llegaba como un rayo; solo tuvo tiempo á desprender su lanza del ristre en que la tenía puesta, y apoyándola contra su peto, como si fuese una muralla de hierro, se afirmó en la silla y estribos: esta maniobra le dió toda la ventaja que había perdido su adversario, y á su vez recibió el choque en lugar de darlo. En efecto, se arrojó á cuerpo perdido contra la lanza de Barbasán, que se rompió como un vidrio: la lanza del caballero desconocido, apoyada en el ristre, se halló desde luego demasiado corta y no tocó á su adversario; mientras el caballero inglés, casi derribado del choque, tocó

con la cabeza la grupa de su caballo, que retrocedió tres pasos, doblando el cuarto trasero. Cuando el desconocido se levantó se halló plantado en medio del pecho el hierro de la lanza de su enemigo, que había atravesado su coraza, y que no se había detenido sino encontrando una cota de malla que felizmente llevaba debajo. Barbasán se había quedado como una estatua de bronce sobre un pedestal de mármol.

Los dos caballeros volvieron la brida y retrocedieron de nuevo á la entrada del subterráneo. Barbasán tomó otra lanza y los clarines tocaron por segunda vez.

Los de las barreras respondieron, y los dos caballeros se metieron de nuevo bajo la bóveda, seguidos esta vez de un gran número de Franceses é Ingleses, porque siendo esta carrera la última, y debiendo continuar el combate á pie y con el hacha, permitía á los espectadores penetrar en el tránsito subterráneo.

Las distancias habían sido tan bien calculadas esta vez, que los dos combatientes se encontraron justamente en medio del camino.

Esta vez la lanza del caballero desconocido fué á pegar en el costado izquierdo de la coraza de Barbasán, y deslizando sobre su bruñida superficie,

había levantado como una escama de la articulación de hierro del espaldar y penetrado en el hombro como una pulgada: Barbasán alcanzó con tanta violencia el escudo de su adversario, que la fuerza del choque rompió la cincha de su caballo; y el caballero, demasiado firme para haber perdido los estribos, llevando consigo la alta silla en que estaba encajonado, fué rodando diez pasos: el caballo quedó desembarazado de su caballero.

Barbasán echó pie á tierra: el caballero desconocido se levantó al instante: los dos arrancaron unas hachas de armas de las manos de sus escuderos, y el combate se renovó con más encarnizamiento que antes: entretanto, cada uno de ellos en el ataque y en su defensa hacía uso de una prudencia que daba á entender la opinión que había concebido de su adversario. Sus pesadas hachas vibraban en sus manos con la rapidez del relámpago y caían sobre sus escudos haciendo saltar una multitud de chispas: los caballeros se inclinaban alternativamente atrás para tomar vuelo, cual si fueran herreros en la fragua: cada golpe hubiera derribado una encina, y ellos habían recibido veinte cada uno y permanecían en pie.

En fin, fatigado Barbasán de esta lucha de gigante, y queriendo concluir de un golpe, arrojó su

escudo que le estorbaba servirse de su brazo izquierdo, y apoyó el pie sobre un travesaño de la barrera: el hacha silbó en sus manos como una honda, y chocando con el escudo de su adversario, fué á caer con un ruido espantoso sobre el casco del caballero desconocido.

Felizmente un movimiento maquinal y de instinto le hizo inclinar la cabeza á la izquierda; este movimiento ladeó el golpe y el filo del hacha resbaló sobre el casco; pero encontrando la visera por el lado derecho la rompió como si fuese vidrio. Entonces, sostenida ésta tan solo por una parte, se abrió, y Barbasán estupefacto reconoció en el caballero incógnito que acababa de combatir á Enrique de Lancaster, rey de Inglaterra.

Entonces Barbasán dió respetuosamente dos pasos atrás, dejó caer su hacha de armas, soltó su casco y se confesó vencido. El rey Enrique, comprendiendo toda la cortesía de este paso, se quitó su guante y alargó la mano al antiguo caballero, diciéndole.

— Desde este momento somos hermanos de armas.

Barbasán aceptó esta honorífica fraternidad, que tres meses después debió salvarle la vida.

Los dos adversarios tenían necesidad de reposo; volvieron el uno al campo y el otro á la ciudad,

Muchos caballeros y escuderos continuaron esta singular lucha, que duró cerca de ocho días.

Como los sitiadores se mantenían firmes, el rey de Inglaterra hizo venir á su campo al rey de Francia y á las dos reinas: alojó á las últimas en una casa que había hecho construir fuera del alcance del cañón, y delante de la cual día y noche hacía reunir los clarines y otros instrumentos: nunca había desplegado tanto lujo como al frente de este sitio.

La presencia del rey Carlos no decidió á los sitiadores á que se rindiesen: respondieron que si el rey quería entrar en su buena ciudad era menester que entrase solo, y que entonces sería bien recibido, pero que nunca consentirían en abrir las puertas á los enemigos del reino. Todo el ejército del duque de Borgoña murmuraba del abandono en que el rey Enrique dejaba á su suegro y de la estrechez á que estaba reducida su casa. La toma de otras fortalezas y castillos, como la Bastilla, el Louvre, la torre de Nesle y el bosque de Vincennes, que fueron entregados á los Ingleses, consolaron al rey Enrique de la prolongación de este sitio.

Envió á la Bastilla, á su hermano el duque de Clarence, con el título de gobernador de París.

Mientras tanto los sitiados carecían de víveres

hacía mucho tiempo, no tenían pan, y habían comido los caballos, los gatos y los perros; escribieron al delfín para exponerle su estrechez y pedirle socorro. Esperaban una respuesta, cuando vieron una mañana aparecer en el Oriente una tropa considerable que marchaba hacia la ciudad; y creyendo era un refuerzo que les llegaba, subieron á las murallas, y mientras tocaban las campanas de la ciudad en señal de alegría, empezaron á gritar á los sitiadores que ensillasen los caballos aprisa, porque muy pronto serían rechazados. Harto pronto conocieron su error: era una tropa de Borgoñones que el señor de Luxemburgo, capitán de Picardía, conducía á Perona en socorro de los sitiadores. Los sitiados bajaron entonces de la muralla con la cabeza baja é hicieron callar sus campanas.

El día siguiente recibieron una carta del delfín, que les anunciaba estaba demasiado débil para socorrerlos, y les autorizaba á negociar las mejores condiciones posibles en la primera intimación que les hiciese el rey de Inglaterra. Entablaron negociaciones, y la guarnición en la última extremidad se entregó prisionera, con la sola condición de salvar sus vidas. Estaban exceptuados de este beneficio los matadores del duque de Borgoña y los que

habiendo presenciado el asesinato no lo habían estorbado, y todos los caballeros ingleses y escoeses que se hallaron en la ciudad: en consecuencia, el señor Pedro de Borbón, Anaut de Guilhem, señor de Barbasán y seis ó setecientos nobles hombres de armas, fueron conducidos á París y aprisionados en el Louvre, en el Chatelet y en la Bastilla.

Á la mañana siguiente, dos monjes de Joi-en-Brie y un caballero llamado Chaumont, que en la batalla de Azincourt se había hecho Inglés de Francés que antes era, y después había pasado de los Ingleses á los Franceses, fueron decapitados en la plaza pública de Melun. Dejando después guarnición inglesa en la ciudad, el rey Carlos y el duque de Borgoña marcharon á París, donde debían hacer su entrada.

Los ciudadanos los esperaban con impaciencia; un recibimiento magnífico les estaba preparado y todas las casas estaban colgadas por la carrera. Los dos reyes á caballo marchaban los primeros: el rey de Francia á la derecha; después iban los duques de Clarence y de Bedford, hermanos del rey de Inglaterra; y por el otro lado de la calle á la izquierda jineteaban el duque de Borgoña vestido de negro, y con él todos los caballeros y escuderos de su casa.

Á la mitad de la calle de San Antonio encontraron todo el clero de París que venía á pie á recibirlos, trayendo consigo santas reliquias para adorarlas: el rey de Francia abrazó al primero, después el rey de Inglaterra. El clero los condujo en seguida á Nuestra Señora, donde hicieron su oración delante del altar mayor, después de lo cual volvieron á montar á caballo y fueron cada uno á su habitación, el rey de Francia al palacio de San Pablo, el duque de Borgoña al de Artois y el rey de Inglaterra al castillo del Louvre. La mañana siguiente las dos reinas á su vez hicieron también su entrada.

Apenas se instaló esta nueva corte, cuando el duque de Borgoña trató de vengar la muerte de su padre. Con este objeto el rey celebró una sesión de tribunales en la sala baja del palacio de San Pablo.

Sobre el mismo banco que el rey de Francia, estaba sentado el rey de Inglaterra, y cerca de los dos reyes maitre Jean Leclerc, canceller de Francia, Felipe de Morvilliers, primer presidente del Parlamento, y muchos otros nobles hombres del consejo del rey Carlos. Por otro lado, y hacia el medio de la sala, estaba sobre otro banco el duque de Borgoña, y con él para acompañarle los duques de

Clarence y de Bedford, los obispos de Therouane, de Tournay, Beauvais y de Amiens, el señor de Luxemburgo y muchos otros escuderos y caballeros de su consejo.

Entonces el señor Nicolás Rolín, abogado por el duque de Borgoña y por la duquesa su madre, se levantó y pidió á los reyes permiso para hablar. Cuando le hubo obtenido contó el homicidio cometido en el duque Juan: acusó de esta muerte al delfín Carlos, al vizconde de Narbona, al señor de Barbasán, Tanneguy Duchatel, Guillaume Boutelier, Jean Louvet, presidente de Provenza, al señor Roberto de Loire y Olivier Layet; su conclusión fué reclamar el castigo de los culpables. Pedía que fuesen arrastrados en serones por las calles de París durante tres días, con la cabeza desnuda, teniendo en la mano hachas encendidas, y confesando en alta voz que habían falsa, villanamente y por envidia, asesinado al duque de Borgoña; que en seguida fuesen conducidos al lugar en que se había cometido el homicidio, y que allí dijese y repitiesen las mismas palabras de expiación; que además sobre el puente, y en el paraje mismo en que el duque había dado el último suspiro, se edificase una iglesia, y mandase establecer doce canónigos, seis capellanes y seis clérigos, cuyo solo

cuidado fuese rogar por el alma del difunto. Esta iglesia debía ser provista de ornamentos sagrados, de mesas, de cálices, de libros, de manteles, y en fin, de todo lo necesario, á espensas de los culpables; y además exigía una fundación de doscientas libras parisis, de cien libras para los capellanes y de cincuenta para los clérigos; que la causa por la que se edificaba aquella iglesia se escribiese sobre la puerta con letras talladas, á fin de perpetuar la memoria de esta expiación; que además se edificasen otras semejantes con el mismo objeto en París, en Roma, en (and, en Dijón, en Santiago de Compostela, en Jerusalén y en el mismo punto donde Jesucristo expiró.

Esta proposición fué apoyada por Pedro de Marigni, abogado del rey en el Parlamento, y aprobada por maître Jean l'Archer, doctor en teología, nombrado por el rector de la universidad de París.

Después de estas proposiciones, el canciller de Francia respondió por el rey, que había escuchado con indiferencia toda esta acusación, que por la gracia de Dios, y con la ayuda y consejo de su hermano é hijo Enrique, rey de Inglaterra, regente de Francia y heredero de la corona, aprobaba en justicia el cumplimiento de las cosas dichas y

propuestas, como lo reclamaba el duque Felipe de Borgoña.

Dichas estas cosas, la sesión fué levantada, y los dos reyes y el duque fueron cada uno á su habitación.

Trece años antes en la misma sala resonaron las mismas palabras de acusación, con la sola diferencia de que el duque de Borgoña era el asesino y Valentina de Milán la acusadora. Pedía justicia, y justicia le fué prometida entonces, como acababa de prometerse al duque; y el viento se llevó la promesa real, como debía hacerlo la segunda vez.

Entretanto, en virtud de letras dadas por el rey, el Parlamento empezó el 3 de Enero de 1421 el procedimiento contra Carlos de Valois, duque de Touraine, delfín de Francia. Fué citado tres días bajo pena de destierro á toque de trompetas y sobre la mesa de mármol; y como no se presentó á este llamamiento, fué desterrado del reino y declarado indigno de suceder en todos los señoríos presentes y venideros.

El delfín supo esta noticia en Bourges de Berry; apeló á la punta de su espada, y juró que llevaría su cartel de desafío á París, á Inglaterra y á Borgoña.

Es verdad que á pesar de este juicio existía una

gran simpatía en el corazón de los verdaderos Franceses, que se aumentaba todavía por la demencia de su padre: se sabía que no era el corazón del anciano rey el que desterraba á su hijo muy amado; todos estos actos hechos en nombre de un insensato, no parecían valederos á los ojos de muchas gentes. El lujo que ostentaba el rey de Inglaterra en el Louvre, opuesto á la miseria que rodeaba al rey de Francia en el palacio de San Pablo, hacía murmurar á todos los hombres honrados de la capital: este abandono llegó á punto que el día de Navidad del año 1421, mientras las dos reinas, el duque Felipe y los caballeros de Francia y de Borgoña hacían en los salones del Louvre, magníficamente iluminados, su corte al rey de Inglaterra, el rey de Francia no tenía alrededor de sí en las salas oscuras y húmedas del palacio de San Pablo, sino algunos antiguos servidores y buenos ciudadanos que le conservaban antiguo y fiel afecto.

Una circunstancia imprevista vino á resfriar las relaciones del rey Enrique y del duque Felipe. Entre los prisioneros hechos en Melun se hallaba, como hemos dicho, el señor de Barbasán: este caballero estaba acusado de haber tomado parte en el asesinato de Monterau; y según el tratado hecho

entre el duque Felipe y el rey Enrique, todo fautor ó cómplice de este asesinato debía ser entregado al duque de Borgoña. Ya estaba formado el interrogatorio sobre el cual debía ser examinado por el consejo del duque en Dijón, cuando el prisionero invocó la fraternidad de armas ofrecida por el rey de Inglaterra después del combate de las minas de Melun.

El rey Enrique hizo honor á su juramento: declaró que el que había tocado su mano real no sufriría un castigo infame, aunque el mismo Santo Padre viniese á pedir justicia contra él. El duque de Borgoña guardó de esta negativa un resentimiento, que no pudo calmar el suplicio del señor de Coesmerel, bastardo de Tanneguy, y de Juan Gault, que fueron descuartizados por sentencia del Parlamento. El primero hacía gloria del asesinato cometido en su padre, que había hecho una vaina bordada para el hacha de pico de halcón con que el duque Juan fué herido, y llevaba colgada de una rica cadena la espuela que él mismo había arrancado de la bota del duque.

Hacia fin de Mayo el rey de Inglaterra y el duque de Borgoña se separaron, el rey Enrique para conducir á Londres á madama Catalina, y hacerla consagrar, el duque para hacer un viaje á sus

buenas ciudades, en muchas de las cuales no había sido reconocido.

Esta doble ausencia fué muy perjudicial á los negocios del duque y del rey Enrique.

Los partidarios del delfín, desanimados con la toma de Melun y de Villeneuve-le-Roy, recobraron ánimo viendo los dos jefes enemigos, el uno en Londres y el otro en Bruselas. Entraron en la ciudad, sorprendieron el castillo de la Ferte, escalaron Saint-Riquier, y al fin batieron cerca de Beaugenci á los Ingleses, de tal modo, que el duque de Clarence, hermano del rey, el señor de Ros, mariscal de Inglaterra, el conde de Kine y la flor de la caballería y de los escuderos ingleses cayeron á su rededor muertos sobre el campo de batalla : los condes de Somerset, de Hutington y del Perche se rindieron prisioneros, socorridos ó no socorridos. El cuerpo del duque de Clarence no cayó sin embargo en manos de sus enemigos ; un caballero inglés lo puso atravesado sobre su caballo, y le defendió con tanto valor y fortuna, que pudo devolver este real depósito al conde de Salisbury, que le envió á Inglaterra, donde fué enterrado.

Por otra parte el duque de Exeter, capitán de París después de la muerte del duque de Clarence, había prontamente resfriado el entusiasmo de los

habitantes : su gobierno era duro y altivo. Por un pretexto frívolo, hizo arrestar al mariscal de Villiers : Ile-Adam y el pueblo trataron de arrancarle de manos de los archeros que le conducían á la Bastilla ; pero de Exeter hizo tirar sobre el pueblo : un Inglés, un extranjero se atrevía á lo que no había osado el duque de Borgoña.

El rey Enrique supo en Londres, y el duque Felipe en Gand, las cosas que acabamos de decir. Los dos pensaron que su presencia era indispensable en París : marcharon en consecuencia para ir á aquel punto, el rey de Inglaterra aunque enfermo, y el duque de Borgoña á pesar de no haber podido arreglar las pretensiones del duque Juan de Brabante, su primo, y de Jaqueline de Hainault, su mujer.

Ambos aliados habían juzgado sus posiciones ; era tiempo que llegasen. El delfín sitiaba á Chartres. Los ejércitos reunidos del duque Felipe y del rey Enrique marcharon al socorro de aquella ciudad : los del Delfín eran demasiado inferiores en fuerza para aventurar una batalla ; levantaron el sitio, y el delfín se retiró á Tours. El duque de Borgoña, en lugar de perseguirle, fué á tomar el puente de Saint-Remi-sur-Somme y poner el sitio á Saint-Riquier ; pero también su ejército era

demasiado débil, y perdió un mes delante de la plaza.

Mientras se hacía este sitio, se supo en su campo delante de la ciudad, que el señor de Harcourt, que se había hecho natural del Delfinado, acompañado de Pothon de Xaintrailles, marchaba contra él esperando sorprenderlos con las guarniciones de Compiègne, de Crespi-en-Valois, y otras ciudades que habían vuelto á entrar bajo el dominio del delfín. Entonces el duque marchó secretamente de noche, pasó la Somme y marchó al encuentro de los del Delfín con intención de admitir el combate.

El 31 de Agosto, á las once de la mañana, los dos ejércitos se hallaron enfrente uno de otro, y deteniéndose á tres tiros de flecha formaron sus batallas. En esta guerra de los tres cuñados era el primer combate importante en que el joven duque se había hallado, de edad de veinticuatro años, y en el que ensayó sus armas. Antes de empeñarle quiso ser hecho caballero: el señor de Luxemburgo fué el que le dió la celada; y al instante él mismo armó al señor Collar de Commynes, Juan de Robex André de Villain, Juan de Villain y otros. Por parte de los del Delfinado, los principales caballeros hechos en esta ocasión fueron los señores de Gama-

che, Regnaut de Fontaines, Collibret de Villeguiro, el marqués de Serre y Juan Royan.

La batalla se empeñó con encarnizamiento, mas desde luego una circunstancia singular pareció inclinar la victoria en favor de los del Delfinado. Por olvido, el estandarte de Borgoña quedó en manos de un criado, poco acostumbrado á las lides: al primer encuentro tomó la fuga y creyeron que el duque había sido cogido: los reyes de armas gritaron que había muerto; de modo que los que vieron caer el estandarte, sobrecogidos de un terror pánico, abandonaron el campo de batalla, donde el duque estaba haciendo todavía prodigios de valor.

Los del Delfinado sacaron mucho fruto de esta victoria.

El rey de Inglaterra había ocupado varias plazas, y la fortuna se declaraba en su favor, cuando fué asaltado por una enfermedad en el castillo de Vincennes. La enfermedad hizo rápidos progresos, y el rey fué el primero que la creyó mortal. Llamó al lado de su cama al duque de Bedford, su tío, al conde de Warwick y al señor Luis de Robertsæer, y les dijo:

— Veo que la voluntad de Dios es que deje el mundo y la vida.

Después añadió:

— Hermano mío Juan, os ruego por la lealtad y amor que me tenéis, seáis siempre fiel á mi hijo Enrique; y os suplico no hagáis ningún tratado con nuestro adversario Carlos de Valois; que quede francamente en mis dominios el ducado de Normandía. Si mi cuñado de Borgoña quiere tomar la regencia del reino, os aconsejo que se la dejéis; si no, conservadla. Y vos, mi amado tío, añadió volviéndose hacia el duque de Exeter, que acababa de entrar, os dejo solo para el gobierno de Inglaterra, porque sé que la sabréis gobernar. Suceda lo que sucediere, no volváis nunca á Francia; sed el gobernador de mi hijo por el amor que me habéis tenido y visitadle con frecuencia. En cuanto á vos, mi bello primo de Warwick, quiero que seáis siempre su ayo y estéis á su lado continuamente enseñándole la ciencia de la guerra, porque escogiéndos no puedo escoger mejor: después os ruego en cuanto puedo, no tengáis ninguna disensión con mi cuñado de Borgoña; prohibidle también que la tenga á mi cuñado Humphrey, porque si sucediese entre vos y él alguna disensión, las necesidades del reino, que se hallan en tan buen estado, podrían empeorar; no saquéis por ningún caso de la prisión á nuestro primo de Orleans, al conde de Eu, al señor de Gaucour y al de Chisay hasta que mi hijo

sea de mayor edad. En cuanto á los otros, haced lo que os parezca más conveniente.

Entonces cada uno habiéndole prometido cumplir cuanto había pedido el rey, mandó que le dejaran solo. Luego que obedecieron sus órdenes, hizo llamar á los médicos, y les mandó le dijese poco más ó menos el espacio de tiempo que podría vivir; quisieron darle alguna esperanza, diciendo que Dios es el Señor de la vida; pero el rey sonriéndose tristemente les requirió le dijese francamente la verdad, prometiendo que sabría morir como rey y como guerrero. Se retiraron algún espacio, y después de haber consultado entre sí, se pusieron de rodillas al lado de su cama y le dijeron:

— Señor, pensad en vuestra alma, porque nos parece imposible viváis más de dos horas.

Entonces hizo venir á su confesor y á los sacerdotes, y les mandó recitar los salmos penitenciales: cuando llegaron al versículo 20, *ut ædificentur muri Jerusalem*, les detuvo diciendo en alta voz, que si una muerte temprana no le hubiese sobrevenido, después de pacificar la Francia hubiera ido á conquistar el santo sepulcro; después les mandó que continuasen; pero los cantos sagrados fueron interrumpidos por un gran grito del enfermo, después

del cual dió el último suspiro el día 31 de Agosto de 1422.

Al día siguiente las entrañas del rey fueron sepultadas en el monasterio de San Mauro, y su cuerpo embalsamado fué puesto en una caja de plomo.

De este modo desapareció de la tierra Enrique V, apellidado el Conquistador.

El duque de Bedford acababa de tributar los honores fúnebres á Enrique el Conquistador, cuando recibió segundo mensaje, en que le anunciaban la muerte de Carlos VI de Francia, sucedida el 22 de Octubre de 1422. En Ruan, el cortejo fúnebre encontró á madama Catalina, que volvía á Francia en busca de su esposo, pues ignoraba su muerte. Su desesperación fué tan grande, que no quiso dejar el cuerpo y se incorporó en el convoy. Cuando llegó á Calais se embarcó para Douvres, desde donde marchó á Londres (1).

(1) Tal es el fin de la novela de Alejandro Dumas. No faltarán algunos lectores que deseen saber cuál fué la suerte de Isabel de Baviera; para satisfacer su curiosidad solo podemos decirles que murió el año de 1435 aborrecida del pueblo, el que siempre justo, aunque paciente, hace justicia. (*Nota del traductor.*)

ÍNDICE.

	Pág.
XVI. — Los celos de Carlos VI.	5
XVII. — Perrinet Leclerc	51
XVIII. — Los veinticinco golpes.	63
XIX. — El derecho de vida ó muerte.	83
XX. — Noche de sangre	107
XXI. — Maese Capeluche	133
XXII. — La paga de un gran servicio.	159
XXIII. — El mensajero	188
XXIV. — La toma de Rouen.	219
XXV. — La contestación.	241
XXVI. — Muerte del duque de Borgofia	263
XXVII. — El desafío.	305

FIN